

El eslabón de cristal

Andreu Martín
y Jaume Ribera



La cadena mágica

ANAYA



1. Cumpleaños feliz

HABÍA DOS CARTELES pegados en la puerta. En uno ponía: «¡Sí, la fiesta es aquí!», en grandes letras de colores dibujadas por el propio Héctor. En el otro, debajo, «Feliz cumpleaños, Héctor», con la letra de Aurora, su madre, un poco vacilante a causa del principio de artritis que sufría. Dentro de la casa, los muebles del comedor habían sido retirados para hacer sitio a una gran mesa montada con cuatro caballetes y dos puertas, una encontrada en un contenedor y la otra sacada para la ocasión de la habitación de sus padres. Un mantel de papel las cubría a ambas. La altura de los caballetes no era uniforme, de modo que la mesa quedaba un poco inclinada, pero no lo suficiente como

para que los platos de plástico con patatas fritas, ganchitos y los refrescos de la marca blanca del supermercado se deslizaran por ella y se precipitaran al suelo. Había unas doce sillas; la mayoría eran diferentes, ninguna era moderna y tres de ellas presentaban un aspecto tan frágil que el hecho de usarlas podría considerarse un deporte de aventura.

Héctor estaba sentado en una de las sillas sanas y montaba un castillo de naipes sobre la mesa desequilibrada. Ya tenía dos pisos e iba a por el tercero. Cualquiera que le hubiera visto le habría supuesto libre de toda preocupación, pero no era así: Héctor siempre recurría a trabajos mecánicos o físicos cuando estaba muy nervioso, con la esperanza de que absorbieran toda su atención y le librasen de la desazón. Raras veces lo conseguía.

—Habría sido mejor empezar la fiesta a las seis —dijo Armando, su padre, moviendo la cabeza—. La gente come tarde los sábados y ponen muchas pelis buenas en la tele en la sobremesa... No es extraño que se retrasen.

—Claro —dijo Aurora—. Además, he leído que llegar en punto a una fiesta se considera de mala educación.

Héctor miró a sus padres con el as de trébol temblándole en las manos.

—¿Y si no vienen?

—¡No os peléis, por favor! —gritó de repente desde un rincón la abuela Nina, que padecía demencia senil y de vez en cuando salía con comentarios que no venían a cuento de nada—. ¡No tenéis por qué! ¡Hace un día muy bonito! ¡No llueve!

Cierto: el día era radiante, con apenas unas nubes muy blancas, definidas y dispersas en el azul intenso del cielo, gracias a lo cual no corrían peligro de mojarse a causa de las goteras. El tejado no admitía más reparaciones y la única solución que tenían cuando llovía consistía en colocar cazos y ollas bajo las goteras, tarea en la que Héctor era un experto. A aquella casa en el vecindario la llamaban La Casa de las Ollas.

—Tranquila, madre, nadie se está peleando —dijo Aurora. Pero la abuela, después de su arrebato, se había quedado dormida y su respuesta fue un sonoro ronquido.

—Claro que vendrán —insistió entonces Armando con una carcajada exagerada, destinada a subrayar su incredulidad ante la posibilidad de que la fiesta pudiera echarse a perder—. ¡No faltaría más! ¿Acaso no has ido tú a todas las fiestas de tus compañeros de clase?

Héctor no contestó. No sabía qué decir. Se estaba sintiendo invadido por una sensación de pánico. Antes de las cinco había sido solo aprensión, pero a medida que pasaban los minutos y no





C O M P L E T E

FIZZ
COLA

2L

aparecía ningún invitado, su estado de ánimo se había ido ensombreciendo y lo que hacía unos días le había parecido una posibilidad inquietante pero remota empezaba a transmutarse en casi una certeza. No quería ni mirar el reloj, pero, aunque cerrara los ojos, el tictac implacable sonaba dentro de su cabeza. Claro que contaba con que algunos de los invitados fallarían, eso ya lo había dado por hecho, pero ¿todos? ¿Incluidos sus mejores amigos?

No podía ser.

No podía ser que todos hubieran renunciado a su fiesta para ir a la de Bijou.

¡Cómo odiaba a Bijou!

Bijou era la chica nueva de aquel curso. La pasada primavera, sus padres habían comprado la mansión de la colina y, tras reformarla durante todo el verano, en otoño se trasladaron allí a bordo de un coche de lujo seguido por cinco camiones de mudanzas. En el pueblo no se había visto nada parecido desde la visita del Gran Circo Americano. El padre de Bijou, el señor Buenaventura Schröder, era millonario gracias a sus fábricas de tapones de cera para los oídos, modelo patentado (¡tapones de cera para los oídos!), y la familia se había mudado al pueblo por prescripción médica, a causa de una alergia que sufría su esposa y que le impedía vivir en sitios más dignos de aquella familia, como el Taj Mahal o el Palacio de Buckingham. Si Bijou y Héc-

tor iban al mismo colegio era porque en Pinonegro no había otro, y también porque la madre de Bijou, más sensata que su marido, se negaba a enviarla a un internado suizo de lujo.

Bijou, que en francés quiere decir «Joya», era un apelativo ridículo que le habían puesto sus tías de París y que ella había adoptado en detrimento de su nombre verdadero, que era, ni más ni menos, que el de Federica.

Las cinco y veinte. Aurora se había asomado a la puerta y oteaba la calle como un rostro pálido con ganas de bronca, ansioso de ver aparecer a los indios. No se veía a nadie.

—Pues es un poco raro, ¿eh? —dijo—. ¿Seguro que pusiste bien la hora en las invitaciones?

—Sí, mamá.

—Pues sí que es coincidencia que todos se retrasen.

—¡Venga, Aurora, no seas ceniza tú también! —dijo Armando—. ¿Cómo no van a venir? ¡Son sus mejores amigos!

—Pero pronto van a dar y media y yo no los veo por aquí —dijo la madre de Héctor.

—Si no vienen, tocaremos a más patatas fritas y ganchitos —contestó Armando, sonriendo, mientras movía la cabeza rechoncha y adornada con un bigote excesivo—. ¡Pero no tendremos esa suerte!

Héctor odiaba esa actitud de su padre, un estado de ánimo permanente que le inducía a encontrar ventajas en las adversidades y calamidades que constantemente les acaecían, ya fueran económicas, que eran las más frecuentes, o de cualquier otro tipo. Y también le enojaba su actitud servil y sumisa ante la gente que tenía más poder o dinero que él, es decir, ante cualquiera.

Pero tampoco podía culparle por su optimismo con respecto a la fiesta. No le había contado nada, ni a él ni a su madre, de la que organizaba Bijou.

La semana anterior, dos días después de que Héctor entregara las invitaciones a sus compañeros de clase, Bijou le entregó otra a él. Venía dentro de un sobre de color rosa, impresa a cuatro tintas y con el texto adornado con un exceso gráfico de flores y arabescos:

*Estás invitado a mi fiesta de cumpleaños.
Se celebrará en los jardines y salones de la Mansión
de la Colina.
Habrá música, magia y otras sorpresas.
El próximo sábado 2 de diciembre.
¡No faltes!*

Héctor se quedó sin habla al leerla.
—¡Pero ¿es tu cumpleaños?!



CONCURSO
FOTOGRAFÍAS

Bici!!
¡¡¡¡¡

WUER
DE
MÚSICA

Estos invitado a mi fiesta de cumpleaños.
Se celebrará en las piscinas y sala
de la Asociación de la Escuela.
Habrá música, magia y otras sorpresas.
El próximo sábado 2 de diciembre.
¡No faltes!

Bijou abrió mucho aquellos ojos azules que provocaban comentarios de admiración por dondequiera que fuera y que, decían, dejaban rendido a sus pies a todo el que los miraba.

—Ah, no. Mi cumple es en verano, pero, como en verano no hay cole, celebro la fiesta para los compañeros de clase cuando me parece bien.

—¡Pero el sábado *es* mi cumpleaños! ¡Y yo celebro mi fiesta!

—Bueno, ¿y qué? Nadie te lo prohíbe —dijo Verónica Salado.

—Sí, que cada uno elija a cuál va y ya está —dijo su hermana Vanesa, con una risita.

La gemelas Vero y Vane eran las más chismosas del colegio. Fascinadas por el estilo, la riqueza y la pijaería de Bijou, la seguían a todas partes como perritos falderos. A Héctor le ponían muy nervioso porque tenían la lengua muy afilada y siempre se las arreglaban para avergonzarle por cosas que no eran culpa suya, como, por ejemplo, por el hecho de que sus padres fueran pobres. Hizo un esfuerzo para hacer abstracción de su presencia y le dijo a Bijou:

—Oye, tienes que cambiar la fecha. Yo organicé la mía antes y, además, el sábado *es* mi cumpleaños.

Cuando Héctor acabó la frase, ya hacía rato que Bijou negaba con la cabeza. Implacable.

—No la cambiaré. No puedo.

—¡Claro que puedes!

Las gemelas subrayaban la conversación con risitas idiotas.

—No, no puedo —dijo Bijou—. Vienen los Tacapop y el gran mago Kreena —y añadió como un juez pronunciando una sentencia inapelable—: Y este sábado es la única fecha que tienen libre, me lo dijo papá.

—¿En tu fiesta van a actuar los Tacapop y el mago Kreena? —dijo Héctor, admirado muy a su pesar.

—Sí. Se suponía que era una sorpresa, pero qué más da. Yo que tú sería listo y cambiaría la fecha de la fiesta.

—Nosotras ya lo sabíamos —puntualizaron Vero y Vane a dúo para que quedara claro que formaban parte del círculo más íntimo de Bijou y que tenían acceso a información privilegiada.

Bijou ya se había dado la vuelta para seguir repartiendo invitaciones, insensible a su problema. Héctor, sin poder contenerse, la agarró del brazo:

—¡Oye...!

Y, entonces, la mano de Vane se cerró sobre su muñeca y dijo:

—Héctor..., ¿es verdad que tu madre en la sala de fiestas les limpia el trasero a los que van a los lavabos?

~~~~~

Héctor enrojeció y se quedó mudo. Su madre trabajaba como señora de los lavabos en la única sala de fiestas de Pinonegro. Y eso le avergonzaba. Y también el trabajo de su padre, que estaba en el servicio de limpieza del ayuntamiento, es decir, barriendo las calles. Nunca sabía cómo reaccionar cuando se burlaban de él por eso. A veces, incluso él mismo se sentía tentado de recriminarles a sus padres por no haber sido capaces de encontrar unas ocupaciones más valoradas.

Sin darse cuenta había soltado a Bijou, y Bijou y sus dos escuderas se alejaron de él.

Héctor no podía cambiar la fecha de la fiesta. Tanto su padre como su madre trabajaban los sábados. Habían pedido el día libre y lo habían conseguido para ese sábado concreto, pero el próximo era imposible, pues había feria en el pueblo y tanto el alcalde como el propietario de la sala de fiestas consideraban que necesitaban tener en pie de guerra a todos sus empleados. El siguiente fin de semana era festivo con puente incluido y, después, ya empezaban las vacaciones de Navidad.

Héctor había pensado que la mayoría de sus compañeros elegirían su fiesta. Después de todo, él llevaba años en la escuela y Bijou era una recién llegada. Claro que algunos, como Vane y Vero, preferirían la fiesta pija de Bijou, pero los más cercanos a él no le fallarían. Se lo habían ase-

gurado cuando se lo fue preguntando a unos y a otros:

—Cuento contigo, ¿verdad?

—Claro, por supuesto.

—No faltaría más.

Ahora, al recordarlo, empezaba a imaginar miradas evasivas acompañando a ese tipo de respuestas.

Le faltaban solo dos cartas para completar el castillo de naipes, y las manos le temblaban mientras intentaba colocarlas las dos a la vez, cuando en el reloj de la iglesia sonaron las campanadas que anunciaban las cinco y media de la tarde.

—¿Por qué no llamas a David? —dijo su padre—. Es uno de tus mejores amigos y tiene móvil, ¿no?

Héctor asintió con la cabeza y se desplazó hasta la mesita donde tenían el teléfono. Marcó el número de David, se lo sabía de memoria. Le temblaban los dedos al pulsar las teclas. David tardó un poco en contestar:

—¿Sí? ¿Quién es?

—¿David?

—¿Qué? ¿Qué dices?

Se le oía mal a causa del ruido que le rodeaba, murmullos de conversaciones y risas y, de repente, como si se desencadenara una tormenta, el arranque de una música de ritmo contagioso a un volumen atronador.

La misma música que ahora empezaba a oírse también procedente de la casa de la colina, atenuada por la distancia, pero perfectamente identificable. *Qué bien nos lo vamos a pasar*, el último gran éxito de los Tacapop.

El castillo de naipes se derrumbó sobre la mesa. Héctor soltó el teléfono, corrió hacia su habitación y, de bruces en la cama, se echó a llorar.